

y á la perfeccion de la marina; pero nadie, á lo menos que yo sepa, buscó la influencia del descubrimiento de la América en Europa, en el establecimiento de las repúblicas americanas. No se veía nunca mas que las vetustas monarquías; poco mas ó menos tales cuales eran; la sociedad estacionaria, el espíritu humano permaneciendo inerte sin avanzar ni retroceder; no se tenía la menor idea de la revolucion que en el espacio de cuarenta años se ha obrado en los espíritus.

El tesoro mas precioso que encerraba la América en su seno era la libertad, y todos los pueblos están llamados á sacar fruto de esta mina inagotable. El descubrimiento de la república representativa en los Estados-Unidos, es uno de los acontecimientos políticos mas grandes que han tenido lugar en el mundo, y ha probado, como he dicho en otra parte, que pueden practicarse dos especies de libertad; la una pertenece á la infancia de los pueblos, hija de las costumbres y de la virtud, y esta fue la de los primeros griegos y romanos, y la de los salvajes de América; la otra, nacida de la vejez de los pueblos, é hija de las luces y de la razon, y esta es la libertad de los Estados-Unidos, que reemplazó la libertad del indio. ¡Tierra feliz, que en el espacio de menos de tres siglos ha pasado de una libertad á otra casi sin esfuerzo, y por una lucha que solo ha durado ocho años!

¿La América conservará su última clase de libertad? ¿Los Estados-Unidos no se dividirán? ¿No se descubren ya los gérmenes de esas divisiones? ¿Un representante de la Virginia no ha sostenido ya la tesis de la antigua libertad griega y romana con su sistema de esclavitud, contra un diputado del Massachusetts, que defendía la causa de la libertad moderna sin esclavos, tal como la ha hecho el Cristianismo?

¿Los Estados-Unidos del Oeste, extendiéndose cada vez mas, y demasadamente apartados de los Estados del Atlántico, no acabarán por tener un gobierno propio?

En fin, ¿los americanos son hombres perfectos? ¿no tienen sus vicios peculiares, como los demás hombres? ¿son moralmente superiores á los ingleses, de quienes descienden? ¿Esa emigracion extranjera de todos los paises de Europa, que se introduce incesantemente en su poblacion, no destruirá andando el tiempo, la homogeneidad de su raza? ¿El espíritu mercantil no los dominará? ¿El interés no empieza á ser para ellos el defecto nacional dominante?

Necesario es decir con dolor que el establecimiento de las repúblicas de Méjico, de la Colombia, del Perú, de Chile y de Buenos-Aires, es peligroso para los Estados-Unidos. Cuando aquellos no eran mas que colonias de un reino transatlántico, no era probable la guerra; pero hoy, ¿no se suscitarán rivalidades entre las antiguas repúblicas de la América Septentrional, y las nuevas repúblicas de la América Española? ¿Aquellas no se prohibieron alianzas con las potestades europeas? Si de una y otra parte se corriera á las armas; si el espíritu militar se apoderase de los Estados-Unidos, podría aparecer un gran capitán; la gloria ama las coronas, y los soldados no son mas que brillantes fabricantes de cadenas, y la libertad no está segura de conservar su patrimonio bajo la tutela de la victoria.

Sea lo que quiera lo que acontezca en el porvenir, la libertad no desaparecerá nunca por completo de la América: esta es una de las grandes ventajas de la libertad, hija de las luces, sobre la libertad, hija de las costumbres.

La libertad nacida de estas, parece cuando su principio se altera, y es inherente á la naturaleza de las costumbres deteriorarse con el tiempo.

La libertad nacida de las costumbres, comienza antes que el despotismo en los dias de oscuridad y de pobreza, y se pierde en el despotismo y en los siglos en que dominan el esplendor y el lujo.

La libertad nacida del desarrollo de las luces brilla despues de las edades de opresion y de corrupcion, y marcha al par del principio que la conserva y la renueva; las luces de que es efecto, lejos de debilitarse con el tiempo como las costumbres que producen la primera libertad, las luces, digo, se fortifican por el contrario con el trascurso del tiempo, y por lo tanto no abandonan la libertad que han producido; que siempre unidas á esta libertad, son á su vez la virtud generadora y su inagotable fuente.

Por último, los Estados-Unidos tienen una salvaguardia mas, y es que su poblacion no ocupa mas que la décima octava parte de su territorio. La América habita aun la soledad, y por mucho tiempo mas, sus desiertos serán sus costumbres, y sus luces su libertad.

Otro tanto querria poder decir de las repúblicas españolas de la América. Gozan de independencia, están separadas de la Europa, es verdad; esto es un hecho realizado, un hecho inmenso sin duda en sus resultados; pero del que no emana inmediata y necesariamente la libertad.

REPUBLICAS ESPAÑOLAS.

Cuando la América Inglesa se sublevó contra la Gran-Bretaña, su posicion era muy diferente de la en que se halla la América Española. Las colonias que han formado los Estados-Unidos fueron pobladas en diferentes épocas por ingleses descontentos de su pais natal, y que se alejaban de él á fin de gozar de la libertad civil y religiosa. Los que se establecieron principalmente en Nueva-Inglaterra, pertenecian á esa secta republicana famosa bajo el segundo de los Estuardos.

El odio á la monarquía se conservó en el clima rigoroso del Massachusetts, de Nueva-Hampshire y del Maine. Cuando estalló la revolucion en Boston, puede decirse que no fue una revolucion nueva, sino la de 1649 que reaparecia despues de un aplazamiento de poco mas de un siglo, y que iban á ejecutar los descendientes de los puritanos de Cromwell. Si Cromwell mismo, que se habia embarcado para Nueva-Inglaterra, y á quien una orden de Carlos I obligó á desembarcar; si Cromwell hubiera pasado á América, hubiera vivido oscurecido; pero sus hijos hubieran gozado de aquella libertad republicana que buscó en un crimen y que solo le dió un trono.

Los soldados realistas hechos prisioneros en el mismo campo de batalla, vendidos como esclavos por la faccion parlamentaria, y á quienes no reclamó Carlos II, dejaron tambien en la América Septentrional hijos indiferentes á la causa de los reyes.

Como ingleses, los colonos de los Estados-Unidos estaban ya acostumbrados á la discusion pública de los intereses populares, á los derechos de ciudadanía y al lenguaje y forma del gobierno constitucional. Instruidos en las artes, las letras y las ciencias, participaban de todas las luces de su madre-patria, y no solo gozaban de la institucion del jurado, sino que tenían mas, pues en cada uno de sus establecimientos habia Cartas en virtud de las cuales se administraban y gobernaban. Estas Cartas estaban fundadas en principios tan generales, que sirven aun hoy de constituciones particulares á los diferentes Estados-Unidos. Resulta de estos hechos que los Estados-Unidos no cambiaron, por decirlo así, de existencia en el momento de su revolucion: un congreso americano substituyó á un parlamento inglés; un presidente á un rey; la cadena del feudatario fue reemplazada por el lazo del federalismo, y se halló por casualidad un gran hombre que estrechó este lazo.

¿Los herederos de Pizarro y de Hernán Cortés se

parecen á los hijos de los hermanos de Penn y á los hijos de los independientes? ¿Han sido educados en la escuela de la libertad en la vieja España? ¿Han hallado en su antiguo pais las instituciones, las lecciones, los ejemplos y las luces que forman un pueblo en el gobierno constitucional? ¿Tenian Cartas en aquellas colonias sometidas á la autoridad militar, donde la andrajosa miseria se habia sentado sobre minas de oro? ¿No ha llevado la España al Nuevo-Mundo, su religion, sus costumbres, sus trajes, sus ideas, sus principios y hasta sus preocupaciones? Una poblacion católica, sometida á un clero numeroso, rica y poderosa; una poblacion de dos millones novecientos treinta y siete mil blancos, mezclados con cinco millones quinientos diez y ocho mil negros y mulatos libres y esclavos; y siete millones quinientos treinta mil indios; una poblacion dividida en clase noble y plebea; una poblacion diseminada en inmensas selvas, en una variedad infinita de climas, en dos Américas, y á lo largo de las costas de dos Océanos; una poblacion casi sin relaciones nacionales y sin intereses comunes, es tan á propósito para las instituciones democráticas como la poblacion homogénea, sin distincion de rango, y protestante en las tres cuartas partes y media de los diez millones de ciudadanos de los Estados-Unidos? En estos la instruccion es general, al paso que en las repúblicas españolas la casi totalidad de la poblacion no sabe ni aun leer; el cura es el sabio de las aldeas, y estas son tan escasas, que para ir de una ciudad á otra no se tarda menos de tres ó cuatro meses. Ciudades y aldeas han sido devastadas por la guerra; allí no se encuentran caminos ni canales; y los rios inmensos que llevaron un dia la civilizacion á los puntos mas recónditos de aquellas comarcas, no riegan aun mas que desiertos.

De todos aquellos negros, indios y europeos ha salido una poblacion mixta, entorpecida en esa esclavitud templada que las costumbres españolas establecen por do quiera que reinan. En la Colombia existe una raza nacida del africano y del indio, que no tiene otro instinto que vivir y servir. Háse proclamado el principio de la libertad de los esclavos, y todos ellos han querido permanecer con sus amos.

En algunas de estas colonias, olvidadas aun de España, y oprimidas por pequeños despotas llamados gobernadores, se introdujo una gran corrupcion, pues nada era mas comun que encontrar eclesiásticos rodeados de una familia, cuyo origen no ocultaban. Háse conocido un habitante que especulaba con su comercio con las negras, y que se enriquecia vendiendo los hijos que tenia de aquellas esclavas.

Las formas democráticas eran tan ignoradas; el nombre mismo de república era tan extraño en aquellos paises, que sin un volumen de la historia de Rollin no se habria sabido en el Paraguay lo que era un dictador, cónsules y senado. En Goatemala, dos ó tres jóvenes extranjeros han hecho la constitucion. Naciones, cuya educacion política está tan atrasada, inspiran siempre temores á la libertad.

Las clases superiores en Méjico son instruidas y distinguidas; pero como Méjico carece de puertos, la generalidad de la poblacion no se ha puesto en contacto con las luces de Europa.

La Colombia tiene por el contrario, por la excelente disposicion de sus costas, mas comunicacion con el extranjero; y un hombre digno de atencion se ha elevado en su seno. Pero es cierto que un soldado generoso pueda lograr imponer la libertad con tanta facilidad como podria establecer la esclavitud? La fuerza no reemplaza al tiempo, y cuando falta á un pueblo la primera educacion política, esta educacion solo puede adquirirse por los años. Por lo tanto, la libertad se robustecia mal al abrigo de la dictadura, y seria de temer que una dictadura prolongada aficionase á la persona revestida de este poder á ejercer la arbitrariedad

perpétuamente. Esto es agitarse en un círculo vicioso. Una guerra civil existe en la república de la América Central.

La república Boliviana y la de Chile han sido atormentadas por revoluciones, y situadas en el Océano Pacífico, parecen excluidas de la parte mas civilizada del mundo (1).

Buenos-Aires tiene los inconvenientes de su latitud, pues nada es mas cierto que la temperatura de tal ó cual region puede ser un obstáculo al movimiento y marcha del gobierno popular. Un pais donde las fuerzas físicas del hombre se abaten por el ardor del sol; donde es necesario ocultarse durante el día y estar tendido casi sin movimiento en una estera; un pais de esta naturaleza no favorece las deliberaciones de la tribuna. Inútil es sin duda exagerar la influencia de los climas, pues se ha visto alternativamente en un mismo sitio, en las zonas templadas, pueblos libres y pueblos esclavos; pero, bajo el círculo polar y bajo la Línea, hay exigencias de clima incontestables, y que deben producir efectos permanentes. Los negros, en virtud de esta sola necesidad, serán siempre poderosos, si no consiguen hacerse dueños de la América Meridional.

Los Estados-Unidos se sublevaron por la laxitud del yugo y el amor á la independencia, y cuando quebraron sus trabas hallaron en sí las luces suficientes para conducirse. Una civilizacion muy avanzada, una educacion política de antigua fecha y una industria desarrollada, los condujeron á ese grado de prosperidad en que se muestran hoy, sin que se viesen obligados á recurrir al dinero y á la inteligencia del extranjero.

En las repúblicas españolas los hechos son de otra naturaleza.

Aunque miserablemente administrados por la madre-patria, el primer movimiento de aquellas colonias fue mas bien efecto de un impulso extranjero que de un instinto de libertad. La guerra de la revolucion francesa lo produjo. Los ingleses, que desde el reinado de la reina Isabel no cesaron de dirigir sus miradas hacia las Américas Españolas, enviaron en 1804 una expedicion á Buenos-Aires, expedicion que hizo fracasar la bravura de un solo francés, el capitán Liniers.

La cuestion para las colonias españolas era en aquellos momentos, saber si querian la política del gabinete español, aliado entonces á Bonaparte, ó si, mirando aquella alianza como forzada y contra la naturaleza, se apartarian del gobierno español para conservarse en el respeto al rey de España.

Desde el año 1790, Miranda habia empezado á negociar con la Inglaterra el asunto de la emancipacion; pero volvió á emprenderse en 1797, 1801, 1804 y 1807, época en la cual se preparaba una gran expedicion en Corck para Tierra-Firme.

Por fin, Miranda pasó en 1809 á las colonias españolas; pero la expedicion no fue afortunada, pues tomando consistencia la insurreccion de Venezuela, Bolívar la extendió.

La cuestion cambió desde entonces para las colonias y para Inglaterra; la España se habia sublevado contra Bonaparte; el régimen constitucional habia comenzado en Cádiz, bajo la direccion de las Cortes, y aquellas ideas de libertad llegaron necesariamente á América por la autoridad de las Cortes mismas.

La Inglaterra por su parte no podia ya atacar ostensiblemente las colonias españolas, puesto que el rey de España, prisionero en Francia, se habia hecho su aliado, y por lo tanto publicó bills en los que prohibia auxiliarse los súbditos de S. M. B. á los americanos; pero al mismo tiempo, seis ó siete mil hombres alistados, á

(1) En el momento en que escribo, los papeles públicos de todas opiniones anuncian las turbulencias, divisiones y bancarrotas de estas diversas repúblicas.

pesar de aquellos bills diplomáticos, pasaron a sostener la insurrección de Colombia.

Restablecido el antiguo gobierno á consecuencia de la restauración de Fernando, la España cometió grandes faltas; reinstalado el gobierno constitucional por la insurrección de las tropas de la isla de León, no se mostró más hábil; las Cortes fueron aun menos favorables á la emancipación de las colonias españolas que lo había sido el gobierno absoluto. Bolívar, por su actividad y sus victorias, acabó de romper los lazos que desde el principio querían desatarse, y los ingleses que se hallaban en Méjico, en la Colombia, en el Perú y en Chile con lord Cochrane, acabaron por reconocer públicamente lo que era en gran parte efecto de sus maquinaciones secretas.

Véase, pues, que las colonias españolas no han sido como los Estados-Unidos inducidas á la emancipación por un principio poderoso de libertad; que este principio no ha producido al plantearse ninguna clase de turbulencias, ni aquella vitalidad, aquella fuerza que anuncian la firme voluntad de las naciones. Un impulso exterior, intereses políticos y acontecimientos extraordinariamente complicados: hé aquí lo que se descubre á la primera ojeada. Las colonias se desunieron de la España porque la España estaba invadida, y en seguida se dieron constituciones como las que las Cortes daban á la madre-patria; en fin no proponiéndoles nada razonable, se resistieron á volver á someterse al yugo. No era esto sin embargo todo: el oro y las especulaciones del extranjero tendían también á arrebatárselos cuanto pudieran quedarles de nativo y nacional en su libertad.

De 1822 á 1826 se hicieron diez empréstitos en Inglaterra para las colonias españolas, ascendiendo á la suma de 20.978,000 libras esterlinas. Estos empréstitos fueron contratados uno con otro á 75 c. Después se ha descontado, sobre estos empréstitos, dos años de interés al 6 por 100, y además se han retenido por fornitureas 7.000,000 de libras esterlinas, resultando que la Inglaterra ha desembolsado una suma efectiva de 7.000,000 de libras esterlinas, ó 175.000,000 de francos; pero las repúblicas españolas no quedaron gravadas en menos de 20.978,000 libras esterlinas de deuda.

A estos empréstitos, ya excesivos, se unieron una multitud de asociaciones ó de Compañías destinadas á explotar las minas, pescar las perlas, construir canoas, abrir caminos, y desmontar las tierras de aquel nuevo mundo, que parecía descubierto por la primera vez. Estas Compañías se elevaron hasta el número de veinte y nueve, y el capital nominal de las sumas empleadas por ellas, fue de 44.767,500 libras esterlinas. Los accionistas formaban solo casi la cuarta parte de esta suma, es decir 3.000,000 de esterlinas (ó 75 millones de francos) que es forzoso añadir á los 7.000,000 de libras esterlinas (ó 175.000,000 de francos) de los empréstitos, formando un total de 250.000,000 de francos adelantados por Inglaterra á las colonias españolas, y por los cuales pesa una suma nominal de 35.745,500 libras esterlinas, tanto sobre los gobiernos como sobre los particulares.

La Inglaterra tiene vice-cónsules en las bahías pequeñas, cónsules en los puertos de alguna importancia, cónsules generales y ministros plenipotenciarios en la Colombia y en Méjico. Todo el país está cubierto de casas de comercio inglesas, de comisionados ingleses, de agentes de las Compañías inglesas para la explotación de las minas, de mineralogistas ingleses, de militares ingleses, de fabricantes de fornitureas inglesas, de colonos ingleses á quienes se ha vendido á 3 schellings el acre de tierra que rentaba 12 sueldos y medio al poseedor de la acción. El pabellón inglés flota en todas las costas del Atlántico y el mar del Sur; los barcos suben y bajan por todos los ríos navegables cargados con los productos de las de las manufac-

turas inglesas ó con el cambio de aquellos productos, y muchos paquebots provistos por el Almirantazgo parten regularmente todos los meses de la Gran-Bretaña para los diferentes puntos de las colonias españolas.

Numerosas quiebras han sido la consecuencia de aquellas empresas inconsideradas; y el pueblo en muchas partes ha roto las máquinas para la explotación de las minas; las minas vendidas no se han hallado, y de aquí que se haya procedido á pleitear la propiedad entre los negociantes ibero-americanos y los ingleses, habiéndose también suscitado serias discusiones entre los gobiernos, relativamente á los empréstitos.

Resulta de estos hechos que las antiguas colonias de España, en el momento de su emancipación, se han hecho una especie de colonias inglesas. Los nuevos amos no son queridos, porque no se quiere nunca á los amos, y porque en general el orgullo británico humilla á los mismos que protege; no siendo menos cierto, que esa especie de supremacía extranjera compromete en las repúblicas españolas el entusiasmo del genio nacional.

La independencia de los Estados-Unidos no se combinó con intereses tan diversos: la Inglaterra no había experimentado como España una invasión y una revolución política, mientras que sus colonias se separaban de ella. Los Estados-Unidos fueron socorridos militarmente por la Francia, que los trató como aliados, y no se hicieron por una multitud de empréstitos, especulaciones é intrigas, los deudores y el mercado del extranjero.

En fin, la independencia de las colonias españolas no está aun reconocida por la madre-patria, y esta resistencia pasiva del gabinete de Madrid tiene mucha más fuerza é inconvenientes de lo que se imagina: el derecho es un poder que sirve de contrapeso al hecho, aun cuando los acontecimientos no estén en favor del derecho; y cuán cierta sea esta verdad, lo prueba nuestra restauración. Si la Inglaterra, sin hacer la guerra á los Estados-Unidos, se hubiera contentado con no reconocer su independencia, los Estados-Unidos serían lo que son hoy á pesar de todo.

Cuanto más obstáculos han encontrado y encuentran aun las repúblicas españolas en la nueva carrera que han emprendido, tanto más mérito tendrán en superarlos. Ellas encierran en sus vastos límites todos los elementos necesarios de prosperidad: variedad en el clima y en el suelo; montes para la marina y un doble océano para la navegación que les abre el camino al comercio del mundo. La naturaleza que ha prodigado todo género de producciones en aquellas repúblicas, es rica dentro y fuera de la tierra, que las produce: los ríos fecundan la superficie de aquella tierra, y el oro fertiliza su seno. A la América Española se ofrece un porvenir propicio; pero decirle que puede conseguirlo sin esfuerzo, sería engañarla y adormecerla en una seguridad falaz: los aduladores de los pueblos son tan peligrosos como los aduladores de los reyes. Cuando se cree una utopía, ni se tiene en cuenta el pasado, ni la historia, ni los hechos, ni las costumbres, ni el carácter, ni las preocupaciones, ni las pasiones; y encantados con sus propios ensueños no se precaven contra los acontecimientos, y se vician los más bellos destinos.

He expuesto con franqueza las dificultades que pueden detener la libertad de las repúblicas españolas; y debo indicar con igual verdad las garantías de su independencia.

La influencia del clima, la falta de caminos y cultivo harían infructuosos desde luego los esfuerzos que se intentasen para conquistar estas repúblicas. Podría ocuparse por un momento el litoral, pero sería imposible avanzar en el interior.

La Colombia no tiene ya en su territorio aquellos españoles propiamente dichos, que tomaron el nombre de *godos*, pues ó han perecido ó han sido expulsados.

En Méjico acaban de tomarse varias medidas contra los naturales de la antigua madre-patria.

Todo el clero en la Colombia es americano, y muchos sacerdotes, infringiendo culpablemente la disciplina de la Iglesia, son padres de familia como los demás ciudadanos, y no llevan ni aun el hábito de su estado. Las costumbres sufren sin duda alteraciones notables con este estado de cosas, resultando también de aquí que el clero, á pesar de ser católico, temiendo mantener relaciones íntimas con la corte de Roma, favorece la emancipación. Los frailes por efecto de las turbulencias acaecidas, son más bien soldados que religiosos. Además, veinte años de revolución han creado derechos, propiedades y gerarquías que no es fácil destruir, y la nueva generación nacida en el curso de la revolución de las colonias, está poseída del ardor de la independencia. La España se lisonjeaba un día de que el sol no se ponía en sus Estados; confiemos en que la libertad no cesará ya de alumbrar á los hombres.

¿Pero podía establecerse esa libertad en la América Española por un medio más fácil y seguro del que se ha servido; medio que aplicado en tiempo útil, cuando los acontecimientos no habían aun decidido nada, había hecho desaparecer una multitud de obstáculos? Así lo creo.

Segun mi modo de pensar, las colonias españolas hubieran ganado mucho constituyéndose en monarquías constitucionales, pues la monarquía representativa es á mi juicio un gobierno muy superior al republicano, porque destruye las pretensiones individuales al poder ejecutivo, y reune el orden y la libertad.

Paréceme también que la monarquía representativa hubiera sido más adecuada al genio español, y al estado de las personas y las cosas en un país donde la gran propiedad territorial domina; donde el número de los europeos es pequeño, y el de los negros ó indios considerable; donde la esclavitud es una costumbre pública; donde la religión del Estado es la católica, y donde la instrucción falta totalmente en las clases populares.

Las colonias españolas independientes de la madre-patria, constituidas en grandes monarquías representativas, hubieran terminado su educación política al abrigo de las borrascas que pueden trastornar aun las nacientes repúblicas. Un pueblo que saliendo repentinamente de la esclavitud, se precipita en la libertad, puede caer en la anarquía; y esta produce casi siempre el despotismo.

Pero si existía un sistema capaz de prevenir estas divisiones, se me dirá sin duda: «Habeis ocupado el poder y os habeis contentado con desear la paz, la dicha y la libertad de la América Española. Os habeis limitado á estériles votos.»

Para contestar, anticiparé algunas ideas de mis *Memorias*, y haré una confesión.

Cuando Fernando fue librado en Cádiz y Luis XVIII escribió al monarca español para inducirle á dar un gobierno libre á sus pueblos, mi misión me pareció terminada, y creí deber poner en manos del rey la cartera de Negocios Extranjeros, suplicando á su magestad se la entregara al virtuoso duque de Montmorency. ¡Qué de disgustos me hubiera evitado! ¡De cuántas divisiones habría tal vez librado á la opinión pública! La amistad y el poder no hubieran dado un triste ejemplo, y hubiese salido del ministerio coronado con el éxito más feliz y del modo más brillante, para entregarme al reposo durante el resto de mi vida.

Los intereses de las colonias españolas de las cuales me he conducido á hablar el objeto de esta obra, son los que han producido el último golpe de mi caprichosa fortuna, y puedo decir que me he sacrificado á la esperanza de asegurar el reposo y la independencia de un gran pueblo.

Cuando pensaba en retirarme, ciertas negociaciones importantes habían llevado las cosas muy lejos, y ha-

biendo formado y teniendo los cabos de un plan que me había forjado y que creía útil á ambos mundos, me lisonjeaba de haber sentado una base donde cabrían la fe y los derechos de las naciones, y el interés de mi patria y de los demás países. No puedo explicar los detalles de este plan, y lo siento bastante.

En diplomacia, un proyecto concebido no es un proyecto ejecutado, pues los gobiernos tienen su rutina y su modo especial de dirigirse, y es necesario paciencia. A los gabinetes extranjeros no se puede dar asaltos, como Mr. el Delfín tomaba ciudades, y la política no marcha tan ligera como la gloria á la cabeza de nuestros soldados. Resistiendo por desgracia á mi primera inspiración permanecí en el ministerio, con el fin de realizar mi obra. Figurábame que habiéndola preparado, la conocería mejor que mi sucesor, y además temía no fuese entregada la cartera á Mr. Montmorency, y que otro ministro no adoptase un sistema prescrito para las posesiones españolas. Me dejé seducir por la idea de unir mi nombre á la libertad de la segunda América sin comprometer la suya en las colonias emancipadas, ni exponer el principio monárquico de los Estados europeos.

Asegurado de la benevolencia de los diversos gabinetes del continente, exceptuando uno solo, no desesperé de vencer la resistencia que me oponía en Inglaterra el hombre de Estado que acaba de morir; resistencia que se debía menos á él que al espíritu mercantil mal entendido de su nación. Quizá conozca el porvenir la correspondencia privada que tuvo lugar acerca de este gran asunto entre mi amigo y yo. Como todo se encadena en los destinos de un hombre, es muy posible que Mr. Canning, asociándose ó proyectos, por otra parte poco diferentes de los suyos, hubiese hallado más reposo y hubiese evitado las inquietudes políticas que han fatigado sus últimos días. Los talentos desaparecen con rapidez, y como la Europa se dirige hoy por medianías, es preciso atravesar mi desierto para llegar á las generaciones nuevas.

De cualquier modo que sea, yo pensaba que la administración de que era miembro me dejaría concluir un edificio que la honraria; tenía el candor de creer que llevándome al exterior los asuntos de mi ministerio hallaría un camino virgen; pero como el astrólogo miraba al cielo y caía en un pozo. La Inglaterra aplaudió á mi caída. Verdad es que teníamos guarnición en Cádiz bajo la bandera blanca, y que la emancipación monárquica de las colonias españolas por la generosa influencia del primogénito de los Borbones, hubiera elevado la Francia al más alto grado de prosperidad y gloria.

Tal ha sido el último sueño de mi edad madura: yo me creía en América y desperté en Europa. Réstame decir cómo he vuelto otra vez de aquella misma América, después de haber visto desvanecerse igualmente el primer ensueño de mi juventud.

FIN DEL VIAJE.

Vagando de selva en selva me aproximé á los desmontes americanos. Una tarde encontré á la margen de un arroyuelo una heredad, cuya casa estaba edificada con troncos de árboles; pedí hospitalidad y me fue concedida.

Llegada la noche, la habitación solo se alumbró por la claridad de la llama del hogar, y yo ocupé un rincón de la chimenea. Mientras mi huésped preparaba la cena, me entretuve en leer á la luz del fuego, bajando bastante la cabeza, un periódico inglés que rodaba por el suelo. Descubrí escritas con letras gordas, estas palabras: FLIGHT OF THE KING, *huida del rey*. Era el relato de la evasión de Luis XVI, y el arresto del infortunado monarca en Varennes.

El periódico contaba tambien los progresos de la emigracion, y la reunion de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los principes franceses. Yo creí oír la voz del honor, y abandoné mis proyectos.

Vuelto á Filadelfia, me embarqué allí. Una tempestad me arrojó en diez y ocho dias á la costa de Francia, donde semi-naufragué en las islas de Guernesey y de Origny. Tomé tierra en el Havre, y en el mes de julio de 1792 emigraba con mi hermano. El ejército de los principes estaba ya en campaña, y sin la intercesion de mi desgraciado primo Armando de Chateaubriand, no hubiera sido recibido en él. Creí conveniente decir que llegaba ex-profeso de la catarata del Niagara, pero nada se queria oír, y tuve necesidad de batirme para obtener el honor de llevar una mochila. Mis camaradas, los oficiales del regimiento de Navarra, formaban una compañía en el campo de los principes; pero yo entré en una de las compañías bretonas. Puede verse lo que me aconteció, en el nuevo prefacio de mi *Ensayo histórico*.

A consecuencia de esto, lo que me pareció un deber, destruyó los primeros desígnios que habia concebido, y marcó la primera de esas peripecias que han señalado mi carrera. Los Borbones no necesitaban sin duda que un segundon de Bretaña viniese de Ultramar á ofrecerles su oscuro afecto, así como no han echado menos sus servicios cuando salió de su oscuridad: si, continuando mi viaje, hubiese encendido la lámpara de mi huésped con el periódico que cambió mi vida, nadie hubiera echado menos mi ausencia porque nadie sabia que existía. Una breve lucha entre mi conciencia y yo, me llevó al teatro del mundo; yo hubiera podido hacer lo que hubiese querido, puesto que era el único testigo del debate; pero de todos los testigos, mi propia individualidad era ante la que mas temia avergonzarme.

¿Porqué las soledades del Erié y del Ontario se

presentan hoy con mas encanto á mi pensamiento, que el brillante espectáculo del Bósforo?

En la época de mi viaje á los Estados-Unidos, estaba en el lleno de mis ilusiones: las turbulencias de la Francia empezaban al mismo tiempo que comenzaba mi vida, y nada se habia consolidado ni en mí ni en mi país. Aquellos dias me son de grato recuerdo, porque reproducen en mi memoria la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia y por los placeres de la juventud.

Quince ó diez y seis años despues de mi segundo viaje, la revolucion habia pasado, y entonces ya no me alimentaba de quimeras; mis recuerdos, hijos de la sociedad, habian perdido su hermosura. Engañado en dos peregrinaciones, no habia encontrado el paso del Norte-Oeste; no pude arrebatar la gloria del centro de los bosques donde habia ido á buscarla, y la dejé posada en las ruinas de Atenas.

Habiendo salido de Europa para ser viajero en América, volví de América para ser soldado en Europa, y ni una ni otra cosa conseguí: un genio fatal me arrebató el báculo y la espada, y me puso la pluma en la mano. Contemplando el cielo durante la noche en Esparta, recordaba los países que habian visto mi sueño, ora tranquilo, ora tumultuoso; habia saludado en los caminos de Alemania, en los zarzales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio de los mares y en las selvas canadienses, las mismas estrellas que veía brillar en la patria de Helena y Menelao. ¿Pero de qué me servia quejarme á los astros, testigos inmóviles de mis vagabundos destinos? Llegará un dia en que su mirada no se fatigue mas en perseguirme, y solo se fijará en mi tumba. Ahora, indiferente á mi suerte, no pido á esos astros malignos la hagan variar mediante una influencia mas placida, ni que me concedan lo único que de su vida puede dejar el viajero en los sitios que ha visitado.

FIN DEL VIAJE A AMERICA.

VIAJE A CLERMONT.

(AUVERNIA).

2, 3, 4, 5 y 6 de agosto de 1805.

HEME aquí en la cuna de Pascal, y en la tumba de Masillon. ¡Cuántos recuerdos se despiertan! los antiguos reyes de Auvernia y la invasion de los romanos; César y sus legiones, Vercingetorix, los últimos esfuerzos de la libertad de los galos contra un tirano extranjero, despues los visigodos, mas tarde los francos, luego los obispos, los condes y los Delfines de Auvernia, etc.

Gergovia, oppidum Gergovia, no es Clermont, pues la verdadera Gergovia estaba en la colina de Gergoye que se descubria al Sud-Este. Aquí se halla Mont-Rognon, Mons Rugosus, de que se apoderó César para cortar los víveres á los galos encerrados en la Gergovia, ignorando hasta ahora qué Delfin edificó sobre el Mons Rugosus un castillo cuyas ruinas subsisten.

Clermont es la antigua Nemossus, suponiendo no haya error en Estrabon, se llamaba tambien Nemetum, Augusto-Nemetum, Arverni urbs, civitas Arvernay oppidum Arvernum, segun testimonio de Plinio, Tolomeo, el mapa de Pentinger, etc.

Pero ¿de dónde viene este nombre de Clermont, y cuándo lo ha tomado? Loup de Ferrieres y Guillermo de Tiro dicen que en el siglo ix; pero hay otro parecer que resuelve mejor la cuestion. El Anónimo, autor de las hazañas de Pipin, ó Pepin, segun nuestra pronunciacion, dice: Maximam partem Aquitanie vastans, usque urbem Arvernam, cum omni exercitu veniens (Pipinus) CLARE MONTEM castrum captum, atque succensum bellando cepit.

Este pasaje es curioso porque distingue la ciudad urbem Arvenam, del castillo Clare Montem castrum. Por lo tanto, la ciudad romana estaba á la falda de la montaña, defendida por un castillo, edificado en su cima: este castillo se llamaba Clermont. Los habitantes de la ciudad baja ó de la villa romana, Arverni urbs, cansados de verse continuamente acometidos por sus contrarios pues vivian en una ciudad abierta, se retiraron poco á poco hácia las cercanías del castillo poniéndose bajo su proteccion; y á mediados del siglo viii se elevó una nueva ciudad llamada Clermont en la parte donde está hoy, es decir, un siglo antes de la época fijada por Guillermo de Tiro.

¿Será cierto que los antiguos arvernos y auvernios de hoy, invadieron la Italia antes de la llegada del piadoso Eneas, ó que, segun Lucano asegura, los arvernos descendian de los troyanos? En este caso no se hubieran inquietado por las imprecaciones de Dido puesto que se habian hecho aliados de Anibal y protegidos de Cartago. Segun los druidas, si es que podemos saber hoy lo que decian los druidas, Pluton fue padre de los arvernos; pero ¿esta fábula no habrá podido tener ori-

gen de los antiguos y tradicionales volcanes de la Auvernia?

¿Deberá creerse lo que dicen Ateneo y Estrabon de los espléndidos banquetes con que el rey Luerio obsequiaba á sus súbditos los arvernos, y de los paseos que daba en su elevado carro, desde el cual arrojaba á la multitud sacos de oro y plata? Empero, á pesar de este dicho los reyes galos (Cesar Comm.) vivian en una especie de chozas de madera y tierra, como nuestros montañeses de Auvernia.

¿Deberá creerse que los arvernos habian disciplinado perros que maniobraban como tropas ligeras, y que Bituito tenia un número tan crecido de ellos, que podia alimentarse un ejército romano?

¿Deberá creerse que este mismo rey atacó con doscientos mil combatientes al cónsul Fabio, que solo contaba treinta mil hombres? Esto no obstante, los treinta mil romanos mataron ó ahogaron en el Ródano á ciento cincuenta mil auverneses, ni mas ni menos. Contemos.

Cincuenta mil ahogados, es demasiado.

Cien mil muertos.

Ahora bien: no habiendo mas que treinta mil romanos, cada legionario debió matar tres auverneses, lo que da un total de noventa mil auverneses.

Quedan por dividir diez mil muertos entre los mas valientes ó las máquinas del ejército de Fabio.

Suponiendo que los auverneses no hiciesen una vigorosa defensa; que sus perros regimentados no hubiesen hecho mejor resistencia; que no se hubiera malogrado una sola estocada, picazo, flechazo ó pedrada, y que uno solo de estos golpes hubiese bastado para matar á un hombre; que los auverneses no hubiesen huído ni podido escapar; que los romanos no perdiesen un soldado; y en fin, que hubieran bastado materialmente algunas horas para matar con la clava cien mil hombres, el gigante Robastro seria un mirmidon al lado de estos portentos. En la época en que se verificó la victoria de Fabio, las legiones no llevaban consigo mas que diez máquinas de primera clase y cincuenta inferiores.

¿Podrá creerse que el reino de Auvernia, convertido en república, armó en tiempo de Vercingetorix cuatrocientos mil soldados contra César?

¿Podrá creerse igualmente que Nemetum fuese una ciudad inmensa, cuyo recinto contaba treinta puertas?

En puntos de historia me inclino á creer con mi compatriota el padre Hardouin, que la historia antigua